

Casi 24 horas con Miguel Ángel Del Río, miembro del Consejo Rector de ACOR, para conocerlo un poco mejor.



**“Nunca hemos perdido dinero con la remolacha, nos ha dado lo que tenemos”**

Texto: Eduardo Gordaliza  
Imágenes: Photogenic

Miguel Ángel del Río podría haber sido un buen psicólogo como dice su mujer Carmina, pero eligió ser agricultor. Siempre tuvo vocación, la que le faltó en los Carmelitas Descalzos de Medina del Campo cuando le invitaron a marchar. La primera vez que fue a arar no lo hizo bien, eso dice Vidal, su padre, pero debió ser la única, porque todos coinciden en calificar a Miguel Ángel como un buen agricultor. Sus fincas no tienen una hierba y las cabinas de los tractores están más limpias que una oficina. “Estoy orgulloso de ser agricultor, antes parecía que lo tenías que ocultar, como si no valías para nada. Hasta para ligar con chicas de Medina del Campo tenías más problemas, en Arévalo menos. Ahora el cuento ha cambiado mucho, cuando entras en el banco te miran con más respeto que a nadie”, relata con una sonrisa.

Eso sí, Miguel Ángel siempre ha sido “echado para adelante”, con la misma ilusión que el primer día y con vistas al futuro. A sus 63 años acaba de comprar un tractor nuevo, un John Deere claro, “la explotación siempre valdrá más si hago inversiones”, asegura. “En agricultura las amortizaciones no son como en las empresas privadas”, argumenta, “¿cuánto vale hacer las labores en el momento exacto sin esperar a terceros?, eso nunca se mide, el valor del oportunismo”. No duda en “dar un empujón” a quien le pide consejo, siempre arriesgando, igual que cuando juega al mus en ese inmenso salón de baile que tienen en su pueblo donde cada vecino se sirve la consumición y se cobra.

La mayor parte de la explotación de Miguel Ángel se encuentra en el término municipal de Salvador de Zapardiel, el mismo río seco que pasa por Medina del Campo y que nada tiene que ver con los cinco pozos que riegan sus fincas del acuífero de los Arenales. Las 30 hectáreas de remolacha son su cultivo estrella, junto con alfalfa, colza, trigo, cebada y veza. Casi de todo menos patatas, su mujer Carmina asegura entre risas que si hubiese seguido con las patatas ya se hubiera divorciado de él. La nula campaña del 92 no se olvida fácilmente en esa casa. Sin embargo, “nunca hemos perdido dinero con la remolacha, prácticamente nos ha dado todo lo que tenemos”, reconoce Miguel Ángel. Juan Daniel, su cuñado, con



De izquierda a derecha, Miguel Ángel, Vidal y Rodrigo del Río

*“¿cuánto vale hacer las labores en el momento exacto sin esperar a terceros?, eso nunca se mide, el valor del oportunismo”*

quien comparte la explotación, y que acaba de jubilarse, también defiende el cultivo. Muchos años superan las 130 toneladas por hectáreas, “salvo en la pasada campaña que no llegaron a las 120”, corrige.

Miguel Ángel siempre ha defendido el papel de las cooperativas “a veces se benefician más los de fuera que los que están dentro, porque ayudan a subir el precio de los productos de todos”, advierte, por eso no dudó en presentarse al Consejo Rector de ACOR. “Creo que la imagen de ACOR y del Consejo Rector ha mejorado en los últimos años porque hay más transparencia. Económicamente llevamos dos años muy buenos, pero sabemos que eso depende de los altibajos del precio del azúcar, así que cuanto lleguen peores tiempos habrá que estar preparados y reducir costes”, reflexiona.

Del Río, al que le gusta participar de las decisiones del Consejo, reconoce que tiene temperamento, “yo no estoy callado”, y ahora lo que más le preocupa es por el futuro de la remolacha a largo plazo. “A los jóvenes de ahora no les gusta estar tan pendientes de un cultivo todo el verano, tienen poca ambición”, se lamenta, a pesar de que sus hijos Rodrigo y Miguel Ángel vienen todos los fines de semana a echar una mano, a tirar tubos, cosechar o lo que haga falta. Viven en Valladolid, pero sus cabezas están siempre en Salvador. Rodrigo, el más pequeño, no descarta volver al pueblo, de hecho, es concejal del ayuntamiento, como buen experto en informática ayuda con el riego solar vía teléfono y con los papeles de la PAC, igual que su hermano. Cuando le preguntan por su padre destaca de él que es un gran trabajador, pero sobre todo lo que admira es “que nunca se da por vencido”.

Vidal, el patriarca, a sus 93 años explica con todo lujo de detalle los años duros del campo, el orgullo de pertenecer a ACOR y la experiencia de ser alcalde de su pueblo. “Gracias a ACOR las cosas nos han ido bien, hasta me tocó un viaje a Río de Janeiro”, relata. Toca regar, y aunque ya está todo automatizado, Miguel Ángel y Carmina se suben al coche para hacer la ronda de los pivots, no vaya a ser que alguna boquilla esté tapada.